

NOTAS

MODERNIZACION: CONCEPTO O IDEOLOGIA *

Por L. A. COSTA PINTO

Todos reconocen que el aparato conceptual existente en las ciencias sociales para el estudio de los fenómenos de cambio resultó, sobre todo, del análisis de las transformaciones que tuvieron lugar en las sociedades occidentales como consecuencia de la revolución industrial. Básicamente, este continúa siendo el punto de partida histórico y el marco de referencia teórico, usado por las ciencias sociales, para estudiar los procesos de cambio social en el mundo contemporáneo. Por otro lado, en la sociología de la transición que se cultiva en América Latina, ya se volvió hoy un lugar común reconocer la insuficiencia de este aparato conceptual para entender lo que está pasando en las sociedades como las nuestras, que hoy viven sus procesos estructurales de cambio. Estos, definitivamente, no consisten sólo en la repetición, en otra época y en un área geográfica distinta, de fenómenos ya ocurridos en el pasado. En verdad, parece aumentar cada día la concordancia en que fenómenos cualitativamente distintos están ocurriendo y exigiendo para su análisis y comprensión, esquemas conceptuales que sean algo más que la simple digestión del conocimiento convencional existente.

Desafortunadamente, parece que muchos consideran esta constatación como el fin del problema cuando, en realidad, el problema fundamental es allí que empieza. En otras palabras, es un hecho innegable que del reconocimiento de esta insuficiencia a la creación de un nuevo aparato teórico adapta-

(*) Sobre el mismo tema, véanse los siguientes trabajos del autor: «Why Modernization and Development are Different», en *Trinidad and Tobago Review*, vol. 2, números 11-12 julio-agosto 1978; *Desenvolvimento Econômico e Transição Social*, 3.ª ed. Ed. Civilização Brasileira, Río de Janeiro, 1978 (Cap. 2), y la traducción española, *Desarrollo Económico y Transición Social*, Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1969 (Cap. 1).

do a las peculiaridades de las situaciones contemporáneas, va una distancia que sólo muy despacio se empieza a recorrer. La crítica y la negación aún predominan y casi se puede decir que la insatisfacción causada por esto es tan grande, o mayor, que la provocada por la repetición monótona de las fórmulas inadecuadas a nuestras experiencias. La negación de la negación, que es lo más importante como vía creadora de la deseada superación, aún permanece más como aspiración que como realidad.

Esta, evidentemente, no es una tarea individual. Pero es de la contribución que cada uno pueda dar, que se van a lograr adquisiciones teóricas más convincentes, que realmente signifiquen la construcción de este nuevo aparato conceptual, operativo y adecuado a nuestra problemática, que de tanto se habla y de que tanto se necesita.

Es notoria hoy la tendencia a basar en torno a la noción de «modernización» toda la organización conceptual —lógica, metodológica e ideológica— del estudio de los procesos de cambio en el llamado Tercer Mundo. Esto es tan obvio y sabido que considero superabundante y dispensable tentar probarlo con indicaciones de fuentes bibliográficas o citas comprobatorias. Las expresiones «modernización» y «desarrollo» son hoy corrientemente usadas como sinónimas por todos, o casi todos, especialistas o no. Más que esto, «modernización» se presenta no sólo como un concepto en las ciencias sociales sino también como un objetivo y una aspiración, y con esta connotación circula ampliamente no sólo en los medios académicos y políticos tanto de los países desarrollados como de los subdesarrollados. «Modernización» es no solamente como se definen y caracterizan los procesos de cambio social por los cuales estamos pasando sino también como se insinúan, y casi se imponen, los valores y esperanzas que debemos cultivar.

Tengo muy serias razones para no concordar con esto y en los últimos años no he perdido ninguna oportunidad de indicar cuáles son estas razones en que se fundamenta mi actitud de crítica sistemática a esta terminología, sus orígenes y sus implicaciones. No perdería esta nueva oportunidad que se me ofrece de volver al tema y agregar nuevos comentarios para ilustrar mi posición al respecto, escuchando, por otro lado, la crítica que deseen hacer a mi crítica.

La primera crítica que hago al concepto de «modernización» se refiere a algo que salta a la vista y que, para resumir, consiste en atribuir marcos de referencia cronológicos, que son necesariamente transitorios, a procesos sociológicos que vienen de lejos y que seguramente se prolongan para el futuro, mucho más allá de los tiempos modernos. En los tiempos modernos no se terminan estos procesos; al contrario, es allí donde empiezan y su histórico objetivo es exactamente superar la modernidad, con sus asimetrías y sus

desigualdades. Llamar «modernización» a un proceso cuya implicación más profunda consiste precisamente en superar la modernidad y buscar una nueva síntesis histórica es, por lo menos una incongruencia lógica y terminológica, que sólo se explica por el hecho de que el propio concepto es parte de la ideología de una época histórica que se pretende cristalizar y resistir a su inevitable transformación.

En este sentido, en mi juicio, toda la filosofía implícita en la ideología de la «modernización» es profundamente etnocéntrica y victoriana e insinúa que los procesos de cambio que están ocurriendo en ciertas sociedades tienen como finalidad histórica hacerlas semejantes a otras sociedades contemporáneas que se presentan como paradigmas. La condición necesaria para que tal enfoque se pudiera justificar sería considerar como cosas distintas y autónomas la historia de las naciones desarrolladas y la historia de las naciones subdesarrolladas, estableciéndose que esta última consiste en un esfuerzo jamás concluido —y muy poco imaginativo, dígame de paso— para actualizarse con la primera, o sea, para tornarse contemporáneas de sí mismas.

Creo que un análisis serio del problema nos conduce, en verdad, a conclusiones completamente distintas. Y la primera de estas conclusiones es que somos, nosotros los *subdesarrollados*, tan modernos como los desarrollados. Lo que pasa es que somos modernos pobres, lo que es otra cosa, que exige otros enfoques para entender el porqué. Es imposible científicamente entender la modernidad sin incluir en su conceptualización tanto nuestro retraso cuanto los avances de otros. Los dos son inseparables y yo diría que, más que cualquier otra época del pasado, la modernidad consiste exactamente en la interdependencia de estas partes de un todo ecuménico e interdependiente, desigual y asimétrico.

Al cerrarse el ciclo de las guerras napoleónicas, se establecen en el mundo moderno una organización y un estilo de relaciones internacionales que tenían como fundamento y como característica la desigualdad entre las naciones. Desde entonces y hasta el final de la segunda guerra mundial la sociedad internacional se estructuró y funcionó esencialmente como un sistema cuya lógica interna reposaba en la desigualdad necesaria de las partes que lo formaban.

El hecho del subdesarrollo, la noción del subdesarrollo y la lucha contra él, nacieron de la comparación y de las relaciones dinámicas entre esas partes desiguales de un mundo en el que la estratificación de las naciones es intrínseca y en el que tanto el desarrollo de unos, como el subdesarrollo de los otros, son igualmente *modernos*.

Al terminar la primera mitad del siglo XX y al desaparecer el pacto colonial en que se fundaban los grandes imperios, se volvió evidente que, en el

mundo moderno, el retraso de una de sus partes era una condición necesaria para el avance de la otra y que, por tanto, el desarrollo de las partes retrasadas significaba no solamente cambios internos en su propia estructura, sino también, inevitablemente, una transformación profunda en la propia estructura de la sociedad internacional.

En los procesos de transición histórica que están ocurriendo en este final de siglo participan igualmente todos los ingredientes e integrantes de la modernidad, tanto los desarrollados como los subdesarrollados, pues en realidad la materia prima esencial del cambio es el sistema de desigualdades que estas partes conjuntamente forman.

En estas circunstancias, el único marco de referencia posible para la gran transición contemporánea es el mundo posmoderno, hacia el cual marchamos todos y cuya construcción implica cambios profundos en todas las partes del conjunto, para superar las características estructurales más típicas de la modernidad.

Así, «modernización», en mi concepto, significa aceptación y adaptación a pautas preexistentes y prevalecientes en los tiempos modernos; «modernización» significa aceptar la realidad histórica que existe *tal cual es* y tentar ajustarse a ella, renunciando a cambiarla; a no ser que se imagine que la modernidad es el último capítulo de la historia, «modernización» inevitablemente significa, también, sincronizarse con lo que es pasajero, o sea, con lo que se despidе de la historia ante las presiones irresistibles de un futuro ya casi presente.

De mi parte, estoy convencido, después de analizar abundantes ejemplos, en América Latina y en otras partes del mundo, que la «modernización» puede ocurrir sin cambios básicos en la estructura de la economía y de la sociedad; y que el desarrollo, que necesariamente significa estos cambios, puede tener lugar sin que se presente, por un tiempo relativamente largo, todos los síntomas característicos de la «modernización». Muy al contrario, lo que se nota, en muchos ejemplos y en diferentes contextos, es que postergar las facilidades conspicuas de la «modernización» ha sido uno de los precios pagados para avanzar por las sendas del desarrollo económico y social.

«Modernización», en mi juicio, tiene muchas connotaciones con lo que los antropólogos, estudiando los «primitivos», llamaban de «occidentalización» (*westernization*); y que consistía sobre todo en la adopción, por la sociedad en cuestión, especialmente por las camadas más altas, de pautas de comportamiento y de consumo, valores y estilos de vida, ideas e ideales, actitudes y aspiraciones, necesidades y formas de atenderlas que son típicas de las sociedades que se toman por modelo, adopción que ocurre sin que necesariamente se produzcan cambios estructurales de ninguna especie y que no

solamente son compatibles con una situación de dependencia, sino que también sirven para cristalizar esa dependencia en relación a los modelos. En este sentido particular, «modernización» como proceso de cambio es el contrario del desarrollo, que necesariamente implica cambios básicos desde adentro, que significan la transición hacia otro modelo estructural y transformaciones efectivas en el sistema de relaciones entre todas las sociedades participantes del sistema que se transforma como un todo.

Creo que la difusión y el prestigio que ha conseguido obtener el concepto de «modernización» en gran parte resulta del hecho de que la noción opuesta de desarrollo por definición implica cambios no solamente en las sociedades que se desarrollan, sino también en el orden mundial y en las estructuras en que este orden reposa, en cuanto que el concepto de «modernización» es perfectamente compatible con la estratificación de la sociedad internacional contemporánea, ya que todo consiste en adoptar pautas sociales ya existentes y predominantes en las estructuras de mercado y de poder del mundo moderno, dando por descontado que sólo por ser dominantes estas pautas son necesariamente deseables. En este sentido, una sociedad es considerada tanto más «moderna» cuanto más se parece a otra y más integrada está en las constelaciones económicas, culturales y políticas existentes y prevalecientes en estas últimas etapas de la modernidad que hoy vivimos.

La verdad, la cruda verdad, entre tanto, es que la ideología de la «modernización», no es algo impuesto por las dichas naciones «avanzadas» a las llamadas «retrasadas», obligándolas a seguir éste y no otro modelo. Sería prácticamente imposible imponer tal ideología a cualquier sociedad si no existieran en ella misma situaciones y grupos tanto o más interesados en confundir «modernización» con cambios de estructura, y más preocupadas en ajustarse al *modernization establishment* que en transformarse realmente. La verdad es que, como siempre, la fuerza pura y simple puede ser el más espectacular, pero seguramente no es el medio más eficaz, ni el más inteligente, de promover el cambio social o de resistir a él, y no es solamente por presiones externas que la «modernización» se impone en las sociedades que la eligen como modelo preferido por muchos. En las sociedades que aceptan un modelo de «modernización» —y de esto América Latina ofrece casuística abundante—, esto ha resultado históricamente de decisiones tomadas, sistemáticamente aplicadas por los grupos que han tenido el poder de tomar e imponer decisiones, convencidos como están de que la adopción de este modelo es la única, o la mejor, alternativa para ellos.

No es por mera coincidencia que una sociedad elige un modelo de «modernización» o un modelo de «desarrollo» para promover intencionalmente una política de cambio. Ni «modernización» significa solamente una forma

de ajuste a la estructura predominante de la sociedad internacional. Más que esto, «modernización» significa también un modelo peculiar de enfocar la problemática del cambio de la propia sociedad nacional y de definir una política ante esa problemática.

Hasta muy recientemente el sistema colonial fue el modelo dominante de institucionalización de las relaciones entre las naciones «centrales» y las naciones «periféricas» del mundo moderno. El sistema colonialista, que ha sido superado por la lógica de su propio funcionamiento, implicaba lo que se llamó *subordinación con responsabilidad*, lo que significaba que una metrópoli no solamente explotaba sino también administraba sus colonias. Primero en América Latina, después en Asia y África, el declinar del pacto colonial significó el establecimiento de formas de dependencia de nuevo tipo, que consistían básicamente, al contrario del colonialismo clásico, en *subordinación sin responsabilidad*, o sea una dependencia efectiva, de una parte, compatible con una autonomía legal y formal, de otra parte.

Los africanos, sobre los cuales el colonialismo de viejo tipo pesó más dura y prolongadamente, sólo ya en la segunda mitad del siglo XX pasaron de la primera condición a la segunda. Esto es, de la situación de colonias al *status* de dependencia, ya por esto llamadas, estas formas de dependencia, que para ellos eran nuevas, de «neocolonialismo», expresión ésta que en verdad sólo tiene algún sentido en África, pues se refiere a relaciones de subordinación que en América Latina, por ejemplo, nada tienen de nuevas y ya son viejas con más de un siglo. Lo que no impide que por allá, sin reflexión y por pura imitación, se use emocionalmente la expresión para denominar formas de dependencia que inauguramos desde las primeras décadas del siglo pasado.

Estas formas de dependencia básicamente se distinguen del colonialismo clásico por exigir para su funcionamiento prerequisites tecnológicos, económicos, sociológicos, psicológicos y políticos cualitativamente distintos, que no eran necesarios al funcionamiento del modelo colonialista y sin los cuales, entre tanto, este otro modelo de dependencia no puede funcionar. En particular, presupone en estas sociedades rasgos estructurales adaptados al *status* de autonomía formal y de dependencia efectiva y la existencia de grupos consolidados cuyos valores, intereses y perspectivas son partes integrantes del propio sistema, de su eficacia y de su supervivencia. Estos son los grupos que por su posición, sus intereses y sus valores tienden a enfocar los problemas del desarrollo de estas naciones en términos de «modernización», o sea en términos de un ajuste y una integración crecientes a la estructura de mercado y de poder del orden mundial *tal cual es*.

Estos grupos, formados y consolidados en el período que transcurre de

la independencia hasta nuestros días, son frutos y beneficiarios de la situación de dependencia y por medio de la ideología de la «modernización», buscan en realidad hacer lo más próspera posible esa dependencia, que es una condición necesaria para su propia supervivencia.

En otras palabras, esto significa que a partir de la independencia se formó en estos países una estructura de sociedad nacional adecuada a la situación de subordinación; un sistema económico, un sistema de estratificación y un sistema de valores e instituciones elaborado por y adaptado a las contingencias de una sociedad internacional desigual y al *status* dependiente que tienen estas naciones dentro del sistema mundial característico de la edad moderna.

La preferencia que demuestran por el modelo de «modernización» resulta así de una fusión de perspectivas, de intereses, de políticas y de valores de ciertos grupos de las naciones dependientes con las estructuras predominantes en el orden mundial y del vital interés que tienen en la cristalización de este orden, en la racionalización de su ideología y en la perpetuación de la dependencia.

La verdad, entre tanto, es que la «modernización» como modelo de cambio, además de todas esas contradicciones insuperables que presenta, ya está manifestando los signos ineludibles de su agotamiento. Esto ocurre, en primer lugar, porque la «modernización» se transforma, a partir de cierto punto, en un mecanismo de crear necesidades que no pueden ser plenamente satisfechas, porque los cambios estructurales necesarios para ello no son debidamente promovidos y estimulados. Esta acumulación de frustraciones da origen a tensiones crecientes que de ambos lados —sea para descargarlas, sea para recalcarlas— imponen la violencia indiscriminada como suprema estrategia política, negando en la teoría y en la práctica el *gradualismo* que siempre se presentó como una de las virtudes del modelo de «modernización», en contraste con los cambios estructurales más profundos del modelo de «desarrollo».

En segundo lugar, el modelo de «modernización» marcha, en mi juicio, hacia un inevitable agotamiento en consecuencia de los cambios profundos que están ocurriendo en las propias sociedades nacionales que se presentan como paradigmas, que tienen el liderazgo de la modernidad y, por consiguiente, del sistema de relaciones internacionales que le es característico.

La verdad es que en muchas de las naciones llamadas desarrolladas, cambios fundamentales están ocurriendo; en algunas de ellas, tranquilamente se puede afirmar que estos cambios ocurren con ritmo más acelerado y a niveles más profundos que los que suceden en las asociaciones que generalmente se caracterizan como aquellas que están en «proceso de desarrollo», muchas

de las cuales, por el agotamiento del modelo modernizante, mejor se definirían como estancadas o en franca recesión.

Si la modernidad es esta *gestalt* compleja, integrada conjuntamente por desarrollados y subdesarrollados, es obvio que los cambios que ocurren en la parte «desarrollada» presentan una significación capital para entender las perspectivas globales de cambio que tenemos todos al frente en este dramático final del siglo XX que tenemos el privilegio de vivir.

Las transformaciones en proceso en las estructuras económicas, sociales y políticas de las naciones más desarrolladas de la modernidad —sean capitalistas o socialistas— y en las relaciones entre ellas, representan variables de suma importancia para sustraer autenticidad al modelo de «modernización». De las dimensiones de estos cambios que tienen lugar en las sociedades más desarrolladas —y a nadie se le ocurre llamarlas también de «modernización»—, dependen, en forma directa e inmediata, la configuración del mundo posmoderno y nuestra propia ubicación en su sistema.

Para este futuro estamos marchando todos, desarrollados y subdesarrollados, sobrepasando las últimas agonías de la modernidad y entrando en el mundo posmoderno que debemos construir con la inteligencia, la bravura y con la energía creadora de que seamos capaces.

En este particular sentido, la crítica final que yo haría a la ideología de la «modernización» es su falta de imaginación. Actualizarnos con lo *transitorio*, que está cambiando a un ritmo más acelerado que nosotros mismos, no me parece una alternativa ni viable, ni estimulante. Antes sugiero que será mejor mirar el mundo posmoderno y concentrarnos, con ideas claras y actos responsables, en la tarea de crear hoy sus fundamentos.